

Nuestra Luz

A romantic couple is shown in silhouette, sitting on a bed and about to kiss. They are positioned in the center of the frame against a light-colored brick wall. Behind them are large, glowing light bulbs that create a warm, intimate atmosphere. The overall scene is dimly lit, emphasizing the couple and the soft glow of the lights.

Arwen Grey

Claudio es un artista que aspira a convertirse en Monet, su tocayo.

Estrafalario, puntilloso, amante de lo clásico, tiene su vida planeada al milímetro.

Ahora ha encontrado el apartamento perfecto, con el ventanal perfecto, la luz dorada perfecta. Y tal vez a la vecina perfecta.

Elsa es alocada y lo ve todo con un matiz algo distinto al resto del mundo.

Le gustan sus limoneros, la luz dorada de su patio, y también su nuevo vecino. Ha decidido compartir todo lo bueno de su vida con Claudio, aunque tenga que tomarlo por asalto.

Para ello tendrá que hacer saltar los oxidados engranajes del artista, empuñando unas tijeras, una cortina vieja y muchos, muchos besos.

Índice de contenido

Cubierta

Nuestra luz

Dedicatoria

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Sobre la autora

*Yo lo tengo ya,
es un buen lugar
Una lanza, una oración - Duncan Dhu*

1

Primero tenía que encontrar el lugar.

Soleado, amplio, con espacio para trabajar, moverse, caminar, pensar, discutir consigo mismo en francés. Que poseyera aquella luz dorada, más dulce justo al atardecer, que era capaz de dar a todo una pátina decimonónica.

Silencioso, a ser posible, aunque sabía que era complicado en la gran ciudad. De toda su lista de peticiones, la agencia había dicho que aquella sería la más complicada de cumplir. Y también la de que no hubiera vecinos en las cercanías.

Al final, como solía ocurrir, de todo lo que quería, solo había conseguido la luz dorada. Una luz dorada maravillosa, que estuvo a punto de hacerle llorar. Y lo habría hecho de estar a solas y la agente inmobiliaria no le estuviera mirando y mascando chicle, esperando su firma, impaciente, como toda la gente de ese siglo.

Firmó, y pudo quedarse a solas, mirando el patio con limoneros plantados en enormes macetas de color verde chillón, que no les favorecían.

Un patio de limoneros como el de Machado.

Maravilloso.

Si se quedaba el tiempo suficiente, pintaría aquellos maceteros de un tono adecuado.

Dio la espalda al patio y a la luz dorada y contempló su nuevo estudio de pintura.

No era grande, ni amplio, ni podría dar muchas zancadas en sus paseos en busca de inspiración, pero la luz era perfecta.

Con un suspiro de satisfacción, dedicó una hora entera al disfrute de aquel logro sin igual.

Elsa se apartó y contempló la obra de Agustina desde la distancia, pensando que así podría mejorar. Giró la cabeza. El nuevo ángulo solo le hizo abrir los ojos de la impresión.

—¡Cielo Santo! ¿Es un pene?

Agus achicó los ojos y contempló el acrílico con ojo crítico. La boca con dentadura postiza de un blanco doloroso estaba tan fruncida que parecía un diseño de Fortuny.

—Si tanto te ha costado verlo, es que no está bien —dijo la anciana en tono serio—. Volveré a empezar.

Elsa inspiró hondo y se volvió para que su alumna no viera su expresión. A lo largo de sus años como profesora de pintura, había visto todo tipo de obras, desde las más clásicas hasta las más rompedoras, pero, en general, eran los ancianos los que más la sorprendían.

—Seguro que el modelo quedará encantado —dijo por encima del hombro.

Muy concentrada en lo suyo, Agustina se limitó a asentir y a morder el pincel, como si estuviera planeando si era mejor retocar aquella monstruosidad o si de verdad debía volver a empezar, con el gasto que aquello conllevaba.

Elsa caminó de un caballete a otro, dando consejos y animando a su grupo de tarde del miércoles. La media de edad duplicaba la suya con creces, pero su entusiasmo también lo hacía en ocasiones. Desde que había iniciado aquellas clases, la vida le había demostrado que nunca se podía dar nada por perdido, y que las ganas de vivir eran una de aquellas cosas.

Desde que se había divorciado y había decidido que iba a retomar su carrera como artista, había descubierto que la

vida era una cabrona con un sentido del humor muy negro. Para empezar, los artistas, así, tal cual, no podían vivir de lo suyo. Ella, al menos, no. En definitiva, descubrió que no había tenido jamás una carrera como artista, así que era imposible retomarla.

Lo más cercano que había podido encontrar para poder vivir de su trabajo era dar clases de pintura a niños, a ancianos y a gente con discapacidades diversas. Y resultaba que aquello sí que era vivir. Vivir de verdad. Casi nunca pintaba, eso era cierto, más allá de unas pinceladas en los cuadros de los demás, pero lo que se divertía enseñando a otros y aplicando lo que había aprendido en la universidad y en diferentes cursos, eso no se lo quitaba nadie.

Y, además, tenía aquel maravilloso apartamento, con aquel patio de limoneros que había plantado durante su primera semana allí.

Aquello era un paraíso.

Y también tenía aquella luz que no se pagaba con dinero. No había sido más feliz en toda su vida.

2

Claudio estaba convencido de que había nacido con un destino marcado, como los grandes. Ya de niño sabía que no era como los demás. Mientras otros jugaban y se despeleaban las rodillas detrás de un balón y se peleaban por los columpios, él perdía dioptrías mirando una margarita y tratando de comprender cómo la luz incidía en sus pétalos, y cómo el tono de blanco cambiaba en un día nublado o en un día de sol. Luego llegaba el jardinero y cortaba la hierba y todo se iba al carajo. Se acababan las margaritas y la contemplación.

Sus padres decían que era raro, con ese tono que utilizan los padres, los abuelos, los vecinos, los tíos y todo el mundo en general, para decir que no eres como el resto, pero todavía peor. Es decir, que no estaba en la medianía, que no le gustaba el fútbol, los deportes, que no salía con chicas, que no iba al cine, que no jugaba a la consola, que no le gustaba el *rock* ni el *pop*, ni lo que estaba de moda. Su madre no habría sufrido más si se hubiera declarado gay. El día que le pilló besando con torpeza a una compañera de Bellas Artes en su dormitorio juraría que respiró tranquila.

Pero es que, incluso siendo raro, Claudio era distinto. No era raro en el sentido de que se apuntaba a la moda de ir a contracorriente, llevar los tobillos al aire y gafas de pasta, sino que él había descubierto un buen día algo que le

había marcado y había decidido que quería ser eso. Y hacia ello había enfocado su vida.

Claudio debería haber sabido, ya antes de dar aquella clase sobre la pintura del siglo XIX, que su nombre no venía de la nada. Era un nombre antiguo, desfasado, de viejo, que decían algunos. Era el nombre de Monet. Evidentemente.

Si se miraba al espejo, incluso se parecían. Solo le faltaba la barba. Así que decidió un buen día dejársela.

Y entonces su familia le dio por perdido.

Empezó su periplo de casa en casa, de luz en luz. Pintó y trabajó, hasta que la magia desaparecía. No era conocido, pero se ganaba bien la vida. El estilo clásico siempre tenía sus compradores, aunque no fuera algo que estuviera precisamente de moda.

A esa hora de luz dorada que era su favorita, Claudio se enfundaba su bata, su bonete, se colocaba frente al ventanal enorme, observando el patio con limoneros. En general necesitaba un tiempo de reflexión antes de poder mirar el lienzo.

Las otras ventanas del edificio daban al patio, y él podía observar lo que hacían las personas al otro lado, desearlo, pero no era del tipo *voyeur*. En general, lo que hicieran sus vecinos se la traía al paio. Solían ser gente sin interés, grises, con vidas corrientes. En ocasiones había alguien que despertaba su interés durante una temporada corta, pero no solía durar. Normalmente, este duraba lo que tardaban en cruzar dos palabras en el ascensor o en el portal.

Parejas chillonas o amorosas, niños que jugaban o pedían la cena, bebés que mamaban del pecho de sus madres, ancianos mirando por la ventana, con la vista distraída.

Una mujer con una camisa de cuadros holgada, bailando mientras daba pinceladas a un lienzo.

Una mujer con una camisa de cuadros holgada, bailando mientras daba pinceladas a un lienzo...

La nota discordante atrajo su mirada al instante. Aquello no debería estar ahí, justo enfrente, en un ventanal vecino del suyo, disfrutando casi de la misma luz y de su patio con limoneros. Además, nadie con una técnica depurada debería sostener un pincel de aquella manera. Era imposible que una pincelada correcta saliera... en fin, correcta.

Claudio apretó los labios y sintió que los pelos del bigote se le metían dentro de la boca. Aquella barba de hacía dos siglos era incómoda y poco práctica, aunque no se atreviera a reconocerlo.

Aquella mujer no era una artista, se dijo con desdén.
No era como él.

3

—¿Sabes que hay otro artista en el vecindario?

Elsa terminó de preparar la paleta de colores, aunque era raro que la usara. Aquella era una costumbre que no quería perder. Odiaba pensar que era una de aquellas profesoras que se limitaba a soltar una ristra de trucos baratos y lecciones vacías y luego paseaba alrededor de los caballetes. Ella quería sentir que sus alumnos disfrutaban y aprendían, y que ella aprendía de ellos también.

—Querrás decir que hay un artista en el vecindario —respondió, mientras se ponía la camisa de cuadros, vieja y manchada de pintura, sobre la ropa limpia—. Artista es el que se gana la vida con sus obras, ya sabes —añadió con ironía.

Agustina, que llevaba bajo el brazo su cuadro con el peine, enorme y con venas bien marcadas, arrugó los labios, como si necesitara pensar en aquel concepto.

—Entonces sí es un artista. Me he informado bien al respecto. Se llama Claudio algo.

—¿Como el gallo?

—Como Monet, según él.

Elsa enarcó una ceja y asintió, incapaz de fingir seriedad.

—Ya veo. Es ese tipo de artista. Espero que no le hayas dicho que doy clases aquí, porque es capaz de quemarme la casa por blasfema. —Aunque fingía ligereza, Elsa era consciente de que su tono estaba lejos de ser alegre. Du-

rante su vida había conocido a mucha gente que despreciaba el tipo de trabajo que ella hacía. Ser artista no era eso, pensaban. Una profesora de academia o de casa de cultura, creían, no era un artista de verdad. Antes preferían morir de hambre que caer tan bajo—. Por cierto, ¿cómo te has enterado?

Agus disimuló yendo a colocar su pene en el caballete con mejor luz del apartamento. Los demás alumnos sabían que no podían disputarle ese puesto si no querían morir desollados.

—Me equivoqué de escalera —dijo la anciana, encogiéndose de hombros—. No sé cómo ocurrió. Giré a la izquierda, luego a la derecha y de pronto estaba ahí. Soy vieja y soy débil, no me juzgues.

Elsa la miró con los ojos entrecerrados. Nunca dejaba de asombrarla la increíble cara dura de esa gente.

—¿Fuiste a mostrarle a Monet tu obra? Me gustaría saber lo que piensa al respecto.

Elsa trató de aguantar la risa al ver que Agus se sonrojaba. La anciana podía fingir desparpajo, pero estaba claro que no se había atrevido a tanto.

—Le ha gustado —replicó, rebelde.

—¡Oh, seguro que sí!

Mientras llegaba el resto de los alumnos y escuchaba rezongar a la más díscola de todos ellos, Elsa se volvió hacia el ventanal para abrir las cortinas. Rara vez las cerraba, pero no le gustaba la luz matinal, demasiado dura y brillante. Prefería la de la tarde, dorada y dulce, casi amelocotonada.

Echó un vistazo a sus limoneros. Los había plantado al llegar allí, hacía cinco años. Todavía eran jóvenes, pero ya daban fruto. Y sobre todo alegraban el patio, tan triste cuando llegó, tan frío y abandonado. Ahora todo era luz y alegría.

Sintió un sobresalto al ver que había alguien rondando sus árboles.

Vestía una especie de batamanta, como si fuera Gandalf.

¿Qué diablos estaba haciendo ese friki con sus limoneros?

Entonces en tipo se apartó y vio el bote de pintura y la brocha.

—Lo mato. Yo lo mato...

4

Claudio había tratado de obviar aquel verde chillón y artificial.

Sí, lo había intentado con todas sus fuerzas.

También lo había intentado con ella, pero era evidente que a esa mujer no podía repintarla, así que tendría que conformarse con los maceteros.

Había preparado él mismo la mezcla, amasando con cariño el pigmento con el aceite de linaza. Le gustaba preparar sus propias pinturas, conseguir los tonos perfectos, las texturas adecuadas. Monet, se decía, no compraría sus colores en una tienda de manualidades.

Portando como si fuera un tesoro la brocha más grande que tenía y la mezcla de verde perfecta para aquel tono amarillo limón de la fruta, aquel verde de las hojas, aquel gris del hormigón de las paredes, aquel azul que predominaba siempre en el poco cielo que se veía, y, sobre todo, con el dorado de su maravillosa luz del atardecer, bajó las escaleras con un taburete plegable colgando del codo y se detuvo junto a los árboles, más altos de lo que le parecían desde su ventana en el cuarto piso.

El verde de los maceteros era igual de horrible a corta distancia. En eso no había equivocación posible.

Claudio suspiró, dejó el bote y la brocha en el suelo, y desplegó el taburete.

Estiró la tela de la bata tras él, como cuando se sentaba ante un paisaje.

Aquello no era una obra menor. Se trataba de su paz mental, de que todas las piezas encajasen.

Se rascó la barba y estiró los dedos varias veces.

Giró el cuello hacia un lado, hacia el otro. Rotó la cabeza y movió los hombros hacia adelante y hacia atrás.

Con los músculos y las articulaciones calientes, se dispuso al fin a tomar sus armas de trabajo. Tomó el bote de pintura lo colocó sobre la rodilla y hundió la brocha plana dentro.

Oh, sin duda el verde era precioso. Brillante y sedoso, como el predominante en *El estanque de Ninfeas*. Se le escapó una sonrisa satisfecha de la que ni siquiera fue consciente.

—Le cortaré la mano si se atreve a tocar mis limoneros.

El tarro con pintura, en precario equilibrio sobre su rodilla, cayó al suelo y salpicó la bata y sus pantuflas. El precioso pigmento también manchó las baldosas, sucias y grises, y uno de los maceteros verdes.

Claudio contempló aquel desastre con más sorpresa que susto.

Había tardado una hora en preparar aquella pintura. Aquel pigmento le había costado un ojo de la cara. Y ahora estaba tirado por el suelo como si fuera el vómito de la niña de *El Exorcista*.

Levantó la vista poco a poco, paseándose primero por las zapatillas de colores, luego por los pantalones anchos de color claro indefinido, por la camisa de cuadros informe, y al fin por la cara enfurruñada, coronada por un moño de pelos rubios despeinados.

Tuvo que cerrar los ojos para no sufrir ante semejante despropósito cromático, aunque volvió a abrirlos al recordar lo que esa mujer había hecho.

Se levantó de golpe y sintió que el taburete se derrumbaba tras él. Se acercó a ella, arrastrando la bata por el suelo y embadurnando los bajos y el suelo con los restos de pintura.